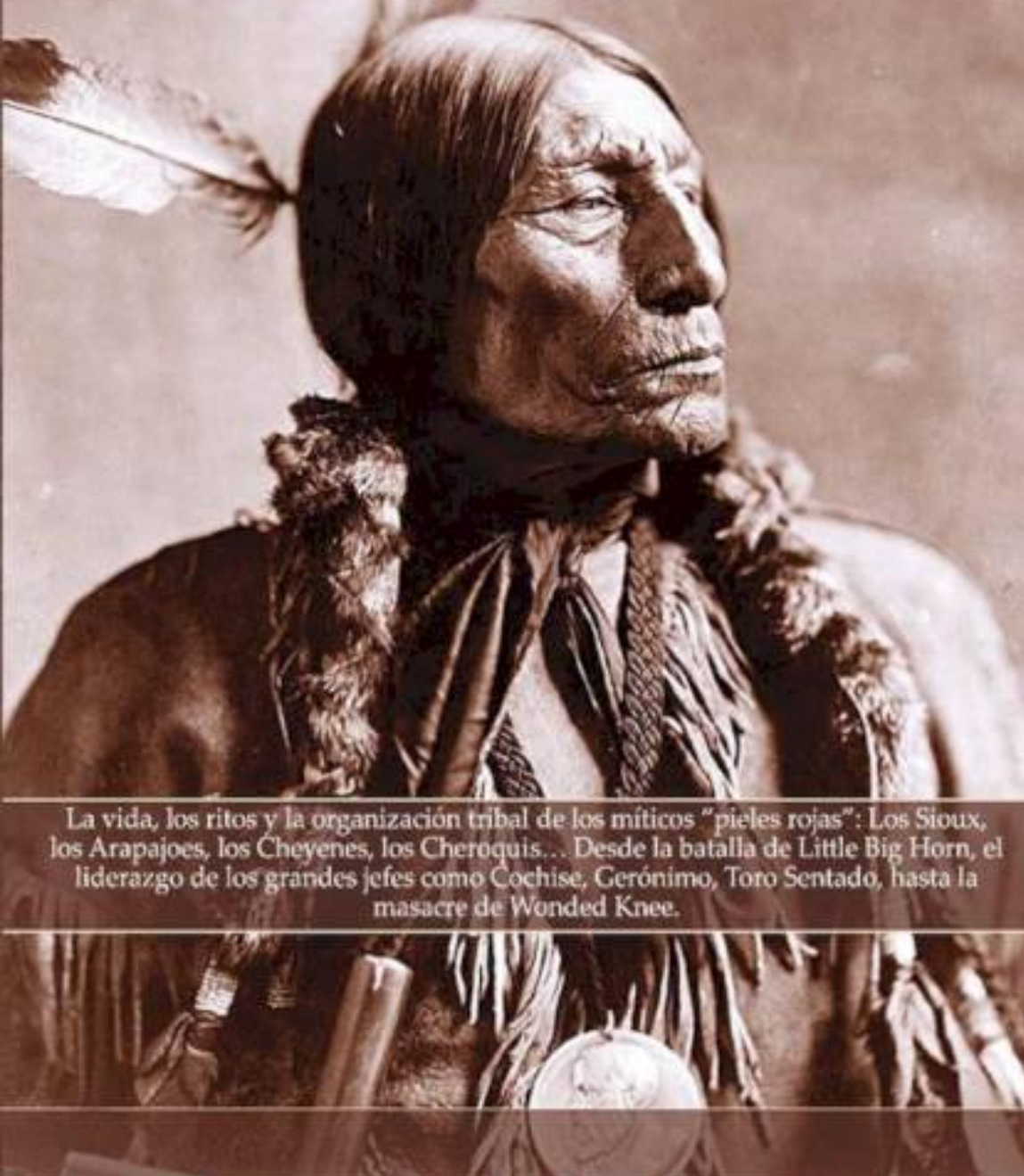


BREVE HISTORIA de los...

INDIOS NORTEAMERICANOS

Gregorio Doval



La vida, los ritos y la organización tribal de los míticos "pieles rojas": Los Sioux, los Arapajoes, los Cheyenes, los Cheroquis... Desde la batalla de Little Big Horn, el liderazgo de los grandes jefes como Cochise, Gerónimo, Toro Sentado, hasta la masacre de Wounded Knee.

Descubre la intensa historia de los nativos norteamericanos, sus costumbres, sus ritos, su organización y su lucha firme, aunque débil, contra el hombre blanco.

Cuando los colonos llegaron a Norteamérica, vivían en sus tierras unas tribus de extraños y prehistóricos usos, cuyos ancestros procedían de Asia.

Se estima que, a comienzos del siglo XVIII, la población indígena instalada entre los territorios de la América septentrional y el norte del Río Grande era de aproximadamente un millón de individuos. Su choque con los forasteros invasores daría lugar a uno de los episodios más sangrientos e innobles en la historia de la humanidad.

Los primeros contactos entre indígenas y colonos fueron pacíficos y, en su mayoría, de índole comercial, y las tensiones solían resolverse a través de la firma de tratados. En 1540 comenzaron los primeros conflictos bélicos, cuando los conquistadores españoles al mando de Vázquez de Coronado se enfrentaron con los Zuñi, y finalizaron en 1890, cuando la caballería estadounidense masacró a la tribu de los Sioux liderada por Pie Grande en Wounded Knee. Se cierran así casi tres siglos de constantes enfrentamientos armados entre «rostros pálidos» y «pieles rojas».

1

EL INDIO NORTEAMERICANO

Para nosotros, las grandes llanuras abiertas, las hermosas colinas onduladas y los ríos serpenteantes y de curso enmarañado, no eran salvajes. Solo para el hombre blanco era salvaje la naturaleza, y solo para él estaba la tierra infestada de animales salvajes y gentes bárbaras. Para nosotros era dócil. La tierra era generosa y estábamos rodeados de las bendiciones del Gran Misterio. Para nosotros no fue salvaje hasta que llegó el hombre velludo del este y, con brutal frenesí, amontonó injusticias sobre nosotros y las familias que amábamos. Cuando los mismos animales del bosque empezaron a huir de su proximidad, entonces empezó para nosotros el Salvaje Oeste.

Hinmaton Yalaktit (1840-1904),
Jefe Joseph, de la banda wallowa de los nez percés (1879).

LOS PRIMEROS NORTEAMERICANOS

Antes de la llegada del hombre blanco, un heterogéneo conglomerado de más de 500 pueblos distintos habitaba Norteamérica. Todos ellos estaban emparentados entre sí por lazos ancestrales que, en la mayoría de los casos, yacían soterrados desde hacía tanto tiempo en el pasado olvidado y remoto que una tribu apenas veía en otra algo más que una potencial competidora. Esa poliédrica civilización se extendía de océano a océano, rica y, a la vez, diversa en formas y estilos de vida, en culturas, creencias y tradiciones. En ninguno de los casos, la vida era fácil o idílica. Todas aquellas tribus luchaban, cada cual a su modo, contra la naturaleza, sus caprichos y sus estaciones climáticas, contra los animales y, frecuentemente, unos contra otros. Luchaban, a veces encarnizadamente, pero, salvo contadísimas ocasiones, no se destruían unas a otras. Para eso tuvo que llegar el hombre blanco y sus codicias.

Unos, nómadas, cazaban y buscaban forraje, y desarrollaron sociedades belicosas de grandes guerreros. Otros, ya asentados, se dedicaban a la agricultura y construían montículos para sus dioses y sus difuntos. Unos y otros vivían en cuevas, chozas, tipis, cabañas de madera e, incluso, en estructuras de bloques de hielo, armaban embarcaciones, se interrelacionaban y desarrollaban culturas más sofisticadas de lo que se suele creer, aunque no tanto como en otras partes del continente.

Durante muchos años, se pensó que su llegada había ocurrido una única vez en la historia y que ello habría acontecido durante la última glaciación, hace aproximadamente

unos 12 000 años. Pero eso no explica los restos de asentamientos humanos anteriores a esa fecha que se han encontrado en distintas partes de América, sobre todo en Sudamérica. No es probable que los yacimientos más antiguos del norte estén aún por descubrir. Como, además, algunos estudios han detectado diferencias genéticas entre los paleoindios sudamericanos y norteamericanos, algunos investigadores creen en un poblamiento autónomo de Sudamérica, no directamente relacionado con el de Norteamérica. Otras teorías, menos sustentadas, hablan de pueblos polinesios atravesando el océano Pacífico, o de aborígenes australianos entrando por la Antártida o, incluso, de incursiones europeas a través de las aguas circunstancialmente semiheladas del Atlántico... Hoy lo que parece más probable es que el poblamiento americano se realizara en varias oleadas sucesivas y por grupos humanos diferentes.

Sea como fuere, el poblamiento humano de América es una cuestión arduamente discutida por los científicos modernos, pero también lo fue por los antiguos. Desde 1492 se intentaron buscar explicaciones para el origen de esos seres con los que los europeos blancos se iban encontrando en sus exploraciones por América. Las primeras tesis fueron, cómo no, de índole religiosa: los pobladores de América eran, ni más ni menos, que los descendientes de las bíblicas Tribus Perdidas de Israel.

De momento, lo plenamente probado es que durante la última glaciación, la concentración de hielo en inmensas placas continentales hizo descender el nivel de los océanos. Este descenso hizo que en varios puntos del planeta se crearan conexiones terrestres entre regiones previa y posteriormente aisladas, como, por ejemplo, Australia y Tasmania con Nueva Guinea; Filipinas e Indonesia; Japón y Corea, y, por lo que aquí más nos interesa, entre los extremos septentrionales de Asia y América. Debido a que el estrecho de Bering, que separa ambos continentes, tiene una profundidad que oscila entre 30 y 50 metros, el descenso

de las aguas dejó al descubierto un amplio puente de tierra, conocido por los prehistoriadores como Puente de Beringia, de 1500 kilómetros de anchura, que unió las tierras de Siberia y Alaska hace aproximadamente 40 000 años y que permitió el tránsito de seres humanos entre uno y otro continente durante, al menos, 19 000 años.

Aquellos emigrantes asiáticos (seguramente siberianos, aunque también pudieron ser mongoles) continuaron camino enseguida hacia el sur, en un larguísimo y lento desplazamiento que, en esta primera etapa, les llevó desde Alaska y Canadá a las estribaciones del enorme y desaparecido glaciar Wisconsin, a lo largo de la vertiente oriental de las montañas Rocosas. Una vez fuera del glaciar, un ala de la migración se separó y se fue hacia el Este; después se subdividió de nuevo. Unos se encaminaron hacia los exuberantes bosques del Nordeste, mientras que los otros se dirigían hacia el Sudeste, para establecerse en la vasta región que se extiende entre la ribera oriental del río Mississippi y la península de Florida. Mientras tanto, la rama principal del éxodo continuó camino hacia el sur, dejando atrás colonias en las Grandes Llanuras, a ambos lados de las montañas Rocosas, en la Meseta y en la Gran Cuenca. Cuando la ola principal llegó a lo que hoy es Texas, todavía se desgajaron nuevos grupos, que se dirigieron hacia el Oeste, para establecerse en los desiertos del Sudoeste o avanzar hasta el sur de California. Con el tiempo, cruzaron también el río Grande y continuaron, a paso histórico, su marcha civilizadora hacia el sur.

Según todos los indicios, los primeros norteamericanos llegaron de Asia. Durante la última glaciación, la concentración de hielo en inmensas placas continentales hizo descender el nivel de los océanos, lo que dejó al descubierto un amplio puente de tierra, conocido como Puente de Beringia, de 1500 kilómetros de anchura, que unió las tierras de Siberia y Alaska hace aproximadamente 40 000 años y que permitió el tránsito de seres humanos entre uno y otro continente durante, al menos, 19 000 años.

UN MOSAICO ÉTNICO-CULTURAL

Mucho antes de la llegada de los europeos, los nativos norteamericanos desarrollaron ricas y variadas culturas, tan diversas como las de cualquier otro continente. Cada grupo adoptó su propio estilo de vida acomodado a los recursos y a las demandas de su medio ambiente. Por ejemplo, cada uno desarrolló solo las herramientas, utensilios y armas más idóneos para sus trabajos agrícolas o sus esfuerzos cinegéticos. Cada cual construyó sus viviendas con los materiales asequibles en su zona y eligió diseños lo más adecuados posible a los requerimientos del clima en que vivían. Cada cultura tenía, por supuesto, su propio lenguaje, su propio estilo artístico, sus propias tradiciones orales, sus propias creencias y su propia organización sociopolítica. Dada esa tremenda diversidad, es muy difícil generalizar acerca de estos nativos norteamericanos. Cada cultura tenía su propia identidad y, aunque muchas estaban relacionadas entre sí, no había dos exactamente iguales. No obstante, sí es posible hallar algunos rasgos comunes. Por ejemplo, su profunda relación, casi simbiótica, con la naturaleza; sus fuertes ligazones con la tierra que pisaban; la percepción de una interrelación profunda entre lo natural y lo supranatural, como un todo indivisible, así como entre la espiritualidad y la salud; la concepción de la expresión artística como una actividad más de la vida cotidiana, sin sublimarla ni abstraerla; y un reforzado sistema de tradición oral que daba cohesión y raíces al grupo.

En todo caso, aunque algunas de estas culturas alcanzaron un respetable grado de desarrollo, jamás constituyeron

civilizaciones tan brillantes como las del otro lado del río Grande. No poseían sistema alguno de escritura ni se organizaron en estados. La ganadería tampoco estaba muy desarrollada y ninguna de sus ciudades rozó siquiera el esplendor de las mayas, aztecas o incas.

A efectos de análisis, se suelen distinguir diez áreas culturales nativas norteamericanas: Ártico, Subártico, Bosques del Nordeste, Sudeste, Sudoeste, California, Costa Noroeste del Pacífico, Meseta, Gran Cuenca y Llanuras Centrales.

En las gélidas tierras de las zonas subártica y ártica, la agricultura se hace imposible ya que los veranos son muy cortos y la supervivencia está necesariamente ligada a la caza (renos, alces y focas) y a la pesca (en las zonas más árticas, incluso de ballenas). Sus pobladores indígenas pertenecían a tribus nómadas (dados los pocos recursos, muy reducidos) que vivían en casas circulares redondas construidas por debajo del nivel del suelo, recubiertas de piel y hierba, en la zona oeste, y en tiendas con estructuras de madera y huesos de ballena y recubrimientos de pieles, conocidas como *wigwams*, en el este, además de las de bloques de hielo o *iglús*, del extremo norte.

La zona ártica se habitó después del 2000 a. C., tras el deshielo, y sus tribus idearon ingeniosas formas de supervivencia. En Alaska, los esquimales (inuit) y los yupiks desarrollaron una ingeniosa tecnología para afrontar la dureza del clima y la escasez de recursos. Hacia el año 1000 varios grupos de esquimales de Alaska emigraron a través de Canadá hacia Groenlandia e instauraron allí una nueva cultura, conocida como cultura thule, que absorbió a la precedente, conocida como cultura dorset. Debido a esta migración, las culturas y lenguas inuits tradicionales presentan grandes analogías desde Alaska hasta Groenlandia. Los yupiks, por su parte, viven en el sudoeste de Alaska y en el extremo oriental de Siberia, y están emparentados con los inuits en cuanto a cultura y antepasados, pero su lengua es diferente. Parientes remotos de ambos son los aleutianos, que

desde el 6000 a. C. están asentados en las islas Aleutianas, dedicados a la pesca y caza de mamíferos marinos.

La región subártica es una inmensa región geológica que traza un amplio arco en torno a la bahía de Hudson, extendiéndose desde la costa ártica al norte del Gran Lago del Oso y al sur de Alaska, en los Territorios del Noroeste, hasta la península de Labrador y el norte de Québec. En Estados Unidos abarca el norte de los estados de Minesota, Wisconsin y Michigan, así como los montes Adirondack en el noreste de Nueva York. En sus aproximadamente 5 000 000 km² habitaron las naciones y tribus indígenas de la llamada cultura del caribú, basada en la caza y el aprovechamiento de este reno salvaje canadiense. Eran nómadas, se refugiaban en tiendas o, algunas veces, en la parte occidental, en viviendas circulares semienterradas. Para trasladar sus poblados se servían en verano de canoas y de trineos en invierno. En la región se asentaron tribus de dos grandes familias lingüísticas: al este, los algonquinos (crees, ottawas, naskapis, montagnais, ojibwas...), seminómadas y cazadores, y, en las zonas septentrional y occidental, los athabascos (chipewyan, beaver, kutchin, ingalik, yellowknife, dogrib, kaska...), organizados en grupos muy pequeños, prácticamente núcleos familiares o pequeños clanes. Los establecidos en el área del Pacífico, dedicados a la agricultura y la caza, tras la llegada de los blancos, entraron en conflicto (por el comercio de pieles) con la tribu más meridional de los hurones.

En los bosques del Nordeste, un área formada por las regiones templadas del este de Estados Unidos y Canadá, desde Minesota y Ontario hasta el océano Atlántico, por el este, y Carolina del Norte, por el sur, habitaban poblaciones diseminadas de cazadores, algunos de los cuales utilizaban puntas de flecha Clovis, que desarrollaron una cultura dependiente del ciervo. Hacia el 7000 a. C., cuando las condiciones climatológicas se hicieron más benévolas, emergió una cultura arcaica, cuyos miembros subsistían, ca-

da vez en mayor medida, a base de carne de ciervo, frutos secos y granos silvestres. Hacia el 3000 a. C., la población de los bosques orientales alcanzó culturalmente unos niveles que no se volvieron a dar hasta después del 1200. Aprendieron el cultivo de la calabaza de los antiguos mexicanos y, en el Medio Oeste, recolectaban semillas salvajes que molían para hacer harina. Enseguida fueron proliferando la pesca y la captura de crustáceos. En el área occidental de los Grandes Lagos se extraía cobre a cielo abierto, con el que se fabricaban cuchillos y diversos adornos, y en toda la región se tallaban pequeñas esculturas en piedras preciosas.

A partir del año 1000 a. C., el clima volvió a enfriarse y comenzaron a escasear los alimentos, lo que provocó una disminución de la población en la parte atlántica de la región. En el Medio Oeste, sin embargo, los pueblos se organizaron en grandes redes comerciales y levantaron grandes túmulos abovedados de uso religioso. Por entonces, se cultivaba ya maíz, pero los indígenas dependían sobre todo de alimentos arcaicos. Los arqueólogos han bautizado a estos pueblos extintos con varios nombres, según su área de influencia y su época. Los adenas, que son los más antiguos, cazaban y recolectaban en el valle del río Ohio desde el siglo XI a. C. Luego vinieron los hopewells, que tomaron el relevo entre los siglos III a. C. y VI de nuestra Era, y que practicaban ya algunas actividades comerciales y agrícolas. Sus herederos, las culturas mississippianas, basadas en la agricultura intensiva del maíz, florecieron en la extensa área de influencia de este gran río entre los años 800 y 1500 de nuestra Era, donde alcanzaron un grado de desarrollo comparable al de la Edad del Cobre europea. Sus pobladores construyeron grandes ciudades con plataformas de tierra, o túmulos, que alojaban templos y residencias de los gobernantes, destacando especialmente la gran ciudad de Cahokia, la mayor y más próspera de la Norteamérica arcaica, que pudo llegar a albergar hasta 40 000 habitantes y que

contaba con centenares de túmulos, el mayor de los cuales alojaba el templo principal, de 30 metros de altura, 49 de anchura y unos 110 de longitud. Durante este periodo, el cultivo del maíz también adquirió gran importancia en la región atlántica, aunque allí no surgieron ciudades.



Los primeros norteamericanos trajeron consigo herramientas de piedra y otros utensilios paleolíticos. Vivían en grupos de aproximadamente cien personas, subsistiendo de la caza de alces y mamuts, y también de la pesca. Curtiendo las pieles de sus presas, fabricaban sus viviendas y sus vestimentas.

Los pueblos indígenas de los Bosques Orientales, herederos de aquellos, abarcan a los de la confederación iroquesa (como mohawks o wyandots), a los de lengua algonquina (delawares, shawnis, mohicanos, ojibwas, fox, shinnecoeks, potawatomis e illinois) y a los de la familia lingüística siux (como iowas y winnebagos). Algunos de ellos emigraron hacia el Oeste durante el siglo XIX; otros permanecen aún en esta región.

El área cultural del Sudeste es una región semitropical situada al norte del golfo de México y al sur del Medio Oeste, que se extiende desde la costa atlántica hacia el oeste hasta encontrarse con Texas. Gran parte de este territorio estuvo formado por bosques de pinos que los indí-

genas de la región mantenían limpios de maleza, una forma de favorecer y controlar las cabañas de ciervos que los sustentaban. Su clima suave y húmedo permitió medios de supervivencia ligados a la caza y la pesca, en coexistencia con pueblos que encontraron en la agricultura (maíz, calabaza, girasol...), desde tiempo muy remotos (quizás incluso desde el año 3000 a. C., cuando ya vivía en la región una población relativamente muy numerosa), el factor principal de su existencia, circunstancia más frecuente cuanto más al sur. En el 1400 a. C. se construyó una ciudad, conocida por los arqueólogos como Poverty Point, cerca de la actual Vicksburg, en Mississippi, dominada por una gran plaza central y con enormes túmulos de tierra que hacían las funciones de plataformas para los templos o de enterramientos cubiertos. El maíz fue introducido en la región en torno al 500 a. C. y, aparejado a él, llegó el desarrollo de otras actividades comerciales (cestería, cerámica...), así como un notable incremento demográfico.

En general, los nativos del Sudeste adoptaron un modo de vida sedentario, que les llevó al desarrollo de estructuras sociales extremadamente sofisticadas, tanto en aspectos organizativos, como jerárquicos y religiosos. Las aldeas (algunas verdaderamente populosas comparadas con las del resto de Norteamérica) solían situarse, para facilitar su defensa frente a enemigos potenciales, en atalayas rodeadas de empalizadas, con un foro central, en el que se erguía la Casa del Consejo, verdadero eje político de la vida cotidiana. La gran mayoría de las tribus tuvieron tiempo suficiente para desarrollar un notable conocimiento médico, sobre todo herbáceo. Al incrementarse el comercio de artículos manufacturados, la población siguió creciendo a gran ritmo hasta producirse los primeros contactos con los europeos, en que todo se interrumpió bruscamente.

Entre los pueblos del Sudeste figuran los cheroqui, choctaw, chickasaw y creek. En la zona correspondiente a lo que es hoy Florida y parte de la franja costera del golfo de

México, aparecen grupos propios como: timucua, calusa, tunicu, atakapa, chitimacha, natchez... Estos últimos habían desarrollado una evolucionada cultura de construcción de túmulos, que sería totalmente destruida por los europeos durante el siglo XVIII. Por su parte, los seminolas, que vivían en los Everglades, la zona pantanosa del sur de la península de Florida, de clima particularmente cálido y húmedo, desarrollaron una cultura apropiada a ese hábitat especial. Por ejemplo, construían sus casas, llamadas chickis, sobre plataformas de madera elevadas por encima de la tierra y cubiertas, a su vez, por un tejado inclinado construido con hojas de palmito y sustentado en postes. Para permitir que la brisa circulara, el chicki no tenía paredes, lo que lo hacía especialmente práctico en aquel clima caluroso. En ocasiones, el hábitat pantanoso obligaba a los seminolas a usar ropa inusual para un clima tan caluroso. Por ejemplo, para proteger las piernas de juncias y mosquitos, usaban mallas de piel de ciervo. Para poder desplazarse a lo largo de los arroyos poco profundos, usaban canoas de fondo plano hechas con un tronco de ciprés, que ahuecaban con conchas de mar.

El área cultural del Sudoeste abarca los actuales estados de Arizona, Nuevo México, Utah, Nevada, Texas, la zona meridional de Colorado y la zona septentrional limítrofe de México. En ella, los indígenas se ubicaron cerca de las tierras altas, en montañas y cañones, así como en la parte baja, de tierras áridas. A pesar de ello, la caza proporcionaba alimentos en gran cantidad como venados, conejos, palomas o codornices, aunque también peligros como pumas, linceos y serpientes de cascabel. Por otra parte, algunos frutos silvestres constituían una parte muy importante de la dieta de las gentes de esta región, que desarrollaron técnicas de irrigación y localización de pozos. Las abundantes cosechas proporcionaban además excedentes que exportaban, principalmente a México, donde también vendían turquesas. Los primeros habitantes de esta región cazaban

mamuts y otros grandes mamíferos hacia el año 9500 a. C. con puntas de flechas y lanzas Clovis; sin embargo, al finalizar los periodos glaciales (hacia el 8000 a. C.), los mamuts desaparecieron. Entonces, comenzaron a cazar búfalos (con puntas Folsom) y dedicaron más tiempo a recolectar plantas silvestres. El clima fue haciéndose más cálido y seco y, entre el año 8000 y el 300 a. C., emergió una nueva forma de vida caracterizada por la caza sobre todo de ciervos y aves y la recolección de frutas, frutos secos y semillas de plantas silvestres, que molían con planchas de piedra para hacer harina. Hacia el 3000 a. C., los habitantes del Sudoeste ya habían aprendido a cultivar el maíz, aunque durante siglos solo fue un componente menor de su alimentación. Así, en esta región, la más árida del subcontinente, pero también la de mayor contacto con las grandes civilizaciones mesoamericanas, se desarrollaron posteriormente las tres grandes culturas arcaicas.

La cultura mogollón, que floreció entre el siglo VI a. C. y el XVI de nuestra Era, surgió en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental, en los montes Mogollón de Nuevo México, desde donde se extendió hacia el norte por el territorio de los actuales estados de Arizona y Nuevo México. Los mogollones vivían en viviendas semisubterráneas horadadas en paredes rocosas que facilitaban su defensa ante sus agresivos vecinos cazadores. A lo largo de su amplia historia, esta cultura difusa se adaptó muy bien a un entorno geográfico marcado por la presencia de bosques de pinos y escarpadas montañas y barrancos. Los mogollones solían enterrar a los muertos en ceremonias en que no faltaban las ofrendas de cerámica y piedras semipreciosas. Puesto que la calidad de las obras materiales de esta cultura es bastante sobresaliente, sus túmulos funerarios fueron muy saqueados en los siglos posteriores. En el siglo XI, coincidiendo con el auge del comercio con Centroamérica, que facilitó el desarrollo de la agricultura y la estratificación social, se pro-

dujo un primer *boom* demográfico que, sin embargo, se vio truncado en el siglo XIII. No obstante, se dio un refloreCIMIENTO entre los siglos XIV y XV, en que los asentamientos principales crecieron en población, tamaño y poder. Paquimé, en Chihuahua, fue quizá el mayor de ellos, por lo que, a menudo, esta fase es individualizada como cultura paquimé. Esta ciudad, que dominaba una región en la que abundaban las llamadas «casas acantilado», construidas en cuevas de difícil acceso de la vertiente oriental de Sierra Madre, sostendría relaciones comerciales con Centroamérica, a la que proveía de minerales preciosos, como turquesas y cinabrio, además de productos provenientes de las costas del golfo de California, especialmente conchas. Finalmente, presionados por otras culturas, su identidad se diluyó.

Por su parte, los pueblos que sostuvieron la cultura hohokam entre el siglo II y mediados del XV, son unos grandes desconocidos. Ocuparon los terrenos desérticos de Arizona y Sonora y parte de Chihuahua surcados por dos grandes corrientes de agua, los ríos Colorado y Gila. Vivían, pues, en uno de los ecosistemas más difíciles para la agricultura y la vida humana, dadas las altas temperaturas y la escasa pluviosidad, que combatían construyendo canales de irrigación y encauzando los ríos Salado y Gila. Gracias a ello, obtenían hasta dos cosechas de maíz al año, aporte alimenticio que complementaban con la caza y la explotación de otros recursos vegetales salvajes, de los que obtenían harina, miel, licores y madera. Además, mantenían contactos comerciales con Centroamérica, a la que exportaban principalmente turquesas. Vivían en pequeñas aldeas de unos cuantos cientos de personas, compuestas por edificios muy agrupados. La vivienda típica era de planta alargada y semisubterránea (para protegerse del calor) y, en general, no poseía más de una estancia. Para cuando los europeos llegaron a la zona, los núcleos urbanos hohokam